

AULA DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

CICLO II: LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS, HOY

La teología sacramental en clave simbólica

Prof. Aurelio Ferrándiz García
Delegado diocesano de catequesis, Alicante

Santander, 27 de marzo de 2007

Transcripción de la conferencia, revisada y autorizada por el autor

Cerramos hoy el ciclo del Aula de Teología dedicado a *La Celebración de los Sacramentos hoy*, con un tema que a mí me apasiona especialmente y que fue el de mi tesis doctoral en la Gregoriana, tratado que también explico en el Seminario de Alicante: *La Teología sacramental, o Reflexión teológica sobre los sacramentos*.

Después del Concilio asistimos a una renovación enorme de la Teología Sacramental. Son muchos los aspectos particulares que podríamos abordar en esta conferencia, pero prefiero ofreceros una panorámica sobre este tema tan importante que antiguamente se llamaba asignatura “*De sacramentos en general*” y hoy se denomina “*Sacramentología fundamental*”, es decir, el tratado que aborda el fundamento de los sacramentos. Para comprender cada uno de los sacramentos en particular, hemos de partir de su raíz y fundamento, de aquello que hace que una realidad concreta se llame sacramento.

I. PLANTEAMIENTO DEL TEMA

Aclaremos y delimitemos nuestro campo de estudio, que es la teología sacramental en clave simbólica. Por “Teología sacramental” entiendo la reflexión que se ocupa del evento sacramental, es decir, sobre cómo actúa Dios sacramentalmente, cómo regala y comunica Dios su gracia, su salvación, a los hombres. En cuanto teología, trata de comprender el evento especial de la gracia de Dios, de su acción salvadora.

Este contacto y comunicación de Dios en la vida del hombre la pensamos, además, en “clave simbólica”. En efecto, sacramentalidad quiere decir un mundo de símbolos. Cuando hablamos de “clave simbólica” no se refiere a algo mágico, porque se puede correr el riesgo de explicar la teología de los sacramentos en este sentido... como decía un liturgista del Concilio: “*Magia blanca, pero magia*”. Por el contrario, la clave simbólica nos da una perspectiva actual, moderna, adecuada, para explicar la teología de los sacramentos, alejándolos de esa concepción mágica que quizás hemos podido tener personalmente, aunque la Iglesia nunca la haya tenido.

La dimensión simbólica del hombre es la clave para interpretar la realidad sacramental. El símbolo es una perspectiva, es clave de lectura global y sistemática de

la compleja realidad del sacramento, de cómo actúa Dios en la vida de los hombres, sin recurrir a la magia, sino dando una explicación razonable.

La Teología ha acudido a la categoría filosófica, antropológica y teológica del “símbolo”. Se ha recuperado desde el pensamiento bíblico, desde el trasfondo de la tradición eclesial –cómo han estudiado y abordado la categoría de símbolo los Santos Padres-, y desde el diálogo con las ciencias del hombre, que han recuperado, felizmente, la categoría antropológica del símbolo que la liturgia y la teología de los sacramentos han adoptado.

Actualmente todavía constatamos, con desazón y amargura, la separación existente entre el culto de la Iglesia en general y la vida del hombre actual. Debemos preguntarnos ¿por qué, nuestra liturgia, nuestros sacramentos, no conectan con la vida del hombre, con sus inquietudes y necesidades? Esta pregunta dinamiza toda nuestra reflexión teológica.

La primera cita con la que quise comenzar mi tesis fue del Papa Montini, cuando todavía era Cardenal, con motivo de su intervención en el Concilio, al hablar de la Reforma litúrgica, y que demuestra cómo también le atormentaba a él esta falta de conexión con la vida de los hombres desde el punto de vista de la liturgia y los sacramentos. Dice así:

“La liturgia, ciertamente, ha sido instituida a favor de los hombres; no los hombres para la liturgia. Si queremos que la comunidad cristiana no abandone nuestros templos, sino que acceda a ellos de buen grado, prudentemente, pero sin demora ni vacilaciones, se debe retirar el impedimento de una lengua que no se puede entender, o que solamente es inteligible a una minoría, y la cual no invita a nuestra gente a participar en el culto divino, sino que, por el contrario, la aparta de él. Es bueno recordar la sentencia de San Agustín cuando nos dice: ‘Es mejor que nos reprendan los gramáticos, a que no nos entienda el pueblo’.”

En aquel momento se constató, de manera muy clara, la separación entre nuestro culto y la vida de los hombres, el interés de la gente; por ello se intentó reformar la liturgia. No sé si se consiguió, o si acabaremos de conseguir esa reforma en nuestras parroquias... Sin embargo, en el Concilio, sí que hubo una inquietud por acercar la liturgia a la vida de los hombres.

Ante la falta de jóvenes en nuestras eucaristías, podemos preguntarnos si la realidad litúrgico-sacramental es algo extrínseco a sus vidas; es decir, si es algo impuesto, externo, como un meteorito que cae en la vida del muchacho, del joven, del adulto... ¿Es nuestra liturgia una especie de superestructura medieval? ¿Por qué no conectamos? ¿Cómo conectar?

La realidad trascendente de Dios, ¿es extraña a la realidad inmanente del hombre? ¿Cómo engarza la realidad escatológica, trascendente y salvífica de Dios, con la vida del hombre, con la inmanencia, con la ocupación y el ajeteo diario?

La respuesta que yo propongo es una hipótesis de trabajo que se convirtió en tesis, y que señala la clave simbólica. Porque el símbolo une la realidad trascendente de Dios y la realidad inmanente del hombre, dos realidades que quedan unidas por la categoría filosófica, antropológica y teológica del símbolo.

La realidad sacramental no es algo que se impone al hombre desde fuera, sino que está enraizada en la naturaleza humana; es decir, a través de la categoría del símbolo y de la naturaleza simbólica que tiene el hombre, descubrimos que los sacramentos no son un acontecimiento separado de nuestra vida, sino que están enraizados en la vida cotidiana. A través del símbolo descubrimos que el hombre, no

solamente recibe el sacramento, sino que también hace el sacramento; es algo suyo, de su propio mundo, de su vivir y de su existir.

La conferencia de esta tarde es el esfuerzo por acercar la comprensión de los sacramentos a la vida y a la existencia de los hombres y mujeres. La teología tiene el deber de traducir al lenguaje comprensible y adecuado de las diversas épocas, el misterio grande de Dios. Adoptamos, descubrimos y revalorizamos la categoría del símbolo, para tratar de responder a las preguntas que el hombre actual se hace sobre cómo Dios está presente en su vida a través de los sacramentos.

En este sentido, la teología sacramental ha encontrado nuevos modos para explicar al hombre de hoy, de forma más comprensible, lo que es un sacramento.

Estas categorías simbólicas han sido las de “encuentro”, “liberación” y “fiesta”.

Todas estas teologías sacramentales que explican el sacramento como *encuentro*, como *praxis o liberación*, como *fiesta*, tienen en común que parten de la experiencia humana, antropológica y fenomenológica, que hace de soporte de la realidad significada y simbolizada.

Pero para comprender todo esto, hemos de partir de la dinámica propia del símbolo que se hace presente en todo sacramento.

El símbolo tiene un soporte antropológico, a partir del cual, como si se tratase de un trampolín, podemos llegar a la realidad superior trascendente que se simboliza; es la virtualidad, la riqueza del sacramento. A partir de ese soporte humano, experiencial, se puede llegar a poder comprender la realidad salvífica, escatológica, trascendente, de lo que es Dios para nuestra vida.

En el símbolo, la realidad humana llega a ser el lugar donde se manifiesta lo divino. La estructura simbólica es la realidad humana que hace de soporte, que visibiliza, la realidad salvífica y trascendente.

Es importante comprender bien esto para no caer en la teología de la magia. Comprender que la Teología sacramental es la teología de la mediación simbólica, a través de la cual Dios se hace cercano al hombre; de tal forma que, si la mediación más grande de Dios que ha habido es Jesucristo, su Hijo, podemos decir que la humanidad de Jesús es símbolo de la divinidad.

Por la Teología de la Encarnación del Hijo de Dios, desarrollada ya por los Santos Padres, nuestra humanidad hace de sacramento de Dios. Por la encarnación del Hijo de Dios, la capacidad simbólica de la realidad creatural para manifestar a Dios fue llevada a una plenitud insospechada, puesto que, en y a través de la humanidad de Jesús de Nazaret, se manifestó y comunicó su divinidad de Hijo de Dios.

El acontecimiento de la Encarnación nos ofrece, por tanto, una perspectiva para comprender lo que es la realidad sacramental, es decir, que en lo humano se hace presente lo divino. Y todo lo que está asociado a lo humano de Jesús de Nazaret, la creación, la experiencia humana... tiene unas enormes consecuencias, muy ricas para la espiritualidad.

El planteamiento anterior sirve para comprender que, a la hora de explicar y realizar un sacramento tendremos que recurrir a la categoría filosófica de símbolo, para unir a través de él, la realidad humana y la realidad divina.

II. ¿QUÉ ES UN SÍMBOLO?

✓ La palabra “símbolo” viene del griego, *sym-ballein*, que significa “unir dos partes”, ponerlas juntas...

En la antigüedad, para hacer un pacto se cogía una tablilla, se rompía en dos trozos, y cada una de las partes recordaban esa alianza; cada trozo por separado no tenía ningún valor pero, cuando surgía algún conflicto, unían los dos trozos de la tablilla y, si engarzaban bien, demostraba que había habido un pacto por medio. Cuando un cristiano iba a cualquier comunidad del mundo entero, profesaba el símbolo de la fe que sabía que le unía a aquella comunidad. Símbolo es lo que une, diablo lo que separa... Dios une, el diablo separa.

Sym-ballein, unir dos partes... símbolo realizador de un pacto, mediador de identidad, acontecimiento de encuentro y de reconocimiento... En definitiva, la etimología nos descubre que el símbolo envía a otra realidad.

✓ El conocimiento indirecto es conocimiento metafísico, más allá de la percepción física y sensual de las cosas. “Símbolo”, en el amplio marco de un conocimiento indirecto, es tomar contacto con una realidad a través de otra. En el mundo de los sacramentos tenemos que recurrir al lenguaje indirecto, para no caer en una herejía –*materialismo craso*, para explicar, por ejemplo, el tratado de Eucaristía-.

La conciencia del hombre dispone de dos maneras de conocer la realidad: una directa y otra indirecta. Una manera de conocer directamente es la impresión que la realidad material produce en los sentidos; por ejemplo cuando una piedra me cae en la cabeza. Otra manera es el lenguaje indirecto, por el cual recurrimos a una cosa presente que nos lleva al conocimiento de otra ausente; por ejemplo, una fotografía que me recuerda el cariño, el amor, la ternura de mi madre, aunque ella ya no esté material y sensiblemente presente.

La comunicación humana se compone de mucho lenguaje indirecto, en el que utilizamos signos, símbolos que indican algo distante o ausente. Se trata, en definitiva, de una comunicación indirecta en la que, para hablar de una cosa, recurrimos a otra. Por ejemplo, yo puedo hablarles ahora de la casa, de la montaña, del pan, del barco... y, sin necesidad de presentarles aquí materialmente todas esas cosas, llevarles a descubrir esa realidad a través de las palabras-signos que utilizo.

✓ El lenguaje indirecto tiene una estructura de doble sentido: *significante*, que es la realidad inmediata, y *significado*, que es la realidad a la que se llega a través de la primera, es decir, del significante. Para no complicar demasiado, yo hablaré del primer y segundo significante, o del primer y segundo significado.

Paul Ricoeur, un gran filósofo, hermeneuta, ha desarrollado esta estructura del doble sentido que hemos adoptado también en la sacramentología. Un símbolo está dotado de la estructura de doble sentido:

El primer significante es el conocimiento literal, directo, manifiesto del símbolo; el sentido aparente, disponible para todos como realidad conocida. Por ejemplo, si hablamos de que Dios es Padre, sería la experiencia de paternidad que todos tenemos.

Desde ese primer significante, que todos conocemos porque tenemos experiencia de paternidad, llegamos al segundo significante: Dios es para nosotros como un padre. Es decir, la experiencia de paternidad, de amor, de protección, de cariño... llevada a una dimensión trascendente, la aplicamos a Dios.

El primer significante hace de mediación del segundo, reconocido y sugerido sólo a través del primero, en el que se inscribe el sentido del segundo y, por lo tanto, la realidad del símbolo.

El primer significante nos lleva a un segundo significante que es evocado y escondido. Del sentido primero o manifiesto brota un segundo que es como el manifiestamente entendido, pero de naturaleza diferente y superior a la del primero.

El primer significante no es una envoltura externa o una ocasión para que el símbolo acontezca, sino que es necesario que se dé la realidad material, la experiencia antropológica del símbolo, y poder así dar el salto hacia Dios.

El segundo significante no es de realidad física, sino figurada, psíquica o espiritual... es simbólica. Para decir que Dios es Padre... *-Padre nuestro, que estás en el cielo...*- necesitamos arrancar de un primer significante que todos conocemos - como he dicho antes, la experiencia de paternidad- en el que se inscribe el segundo sentido, la experiencia de Dios como Padre... Ese salto a la trascendencia es propio del lenguaje simbólico y analógico del que luego hablaremos.

Una base de la Teología sacramental es la transparencia; si no hay transparencia, no hay Teología sacramental; no se puede hablar de Dios si el mundo no es transparente... La polivalencia de sentido es la apertura de la que está dotada la existencia humana: el agua es algo más que H₂O... *el agua es más que agua*, decía el Cardenal Ratzinger en un tratado de sacramentos.

En un régimen ateo no habría posibilidad de hablar de este segundo sentido, de esta transparencia del mundo. Pero, para la Teología sacramental, para una visión espiritual, las cosas encierran un segundo significado, un segundo sentido salvífico, trascendente, espiritual... las casas son más que casas... el mar es más que mar... la montaña es más que montaña... Todas estas realidades son símbolo de una realidad trascendente, el Creador que las hizo, y todo esto por la transparencia de nuestro mundo.

Considerar que las cosas no son opacas sino transparentes, es una base de la Teología sacramental; si vemos las cosas en su primer significado únicamente, no puede haber trascendencia; por ejemplo, San Francisco de Asís, en el Canto de las Criaturas, cantaba al hermano sol, a la hermana luna y a la hermana tierra... porque descubría un segundo significado maravilloso que se inscribía en el primero.

El lazo de unión entre un primer y un segundo significante, es la analogía. La analogía es la semejanza en la diferencia, la continuidad en la discontinuidad... Si no establecemos la discontinuidad de un primer significante que me lleva a un segundo significante, todo es Dios, y si todo es Dios... nada es Dios, con lo que estaríamos en una herejía, el panteísmo. Tampoco podemos caer en el ateísmo, donde nada es Dios. Pero si las cosas me llevan a Dios, podemos hablar de un "panenteísmo" de las cosas, Dios en todo.

La función del símbolo es la mediación. El símbolo une, realiza un pacto, una alianza... es la acción resultante de una relación. El símbolo es la unión entre dos partes, un primer significante y un segundo significante. El símbolo es fruto de una mediación; y por esa mediación contiene lo que significa.

✓ La realidad del símbolo, a diferencia del signo, es que contiene lo que está significando, lo que está anunciando, lo que está representando... por ejemplo, el beso es símbolo de amor, el beso ya es amor porque participa de la realidad humana profunda que es el amor.

El signo, sin embargo, remite a otra realidad de la cual luego no participa; por ejemplo, un tenedor es signo de comida, pero no es símbolo de comida, ya que no puedo comer el tenedor.

La diferencia entre el símbolo y el signo está en que el primero participa de la realidad simbolizada y significada, mientras el signo únicamente reenvía a una realidad.

En el símbolo ya está presente y contenida la realidad, porque el símbolo arranca de una materialidad, que luego me lleva a un significado trascendente y espiritual, que participa de la materialidad del primero, y a la vez lo trasciende.

El símbolo contiene la realidad que significa porque participa de la materialidad del primer significado y, como mediador, es realidad contenida, pero no agotada; participa, pero no se agota porque la realidad trascendente siempre es mayor que la realidad significante.

✓ La eficacia de la mediación es revelar y operar. El símbolo hace presente la realidad de forma figurada, espiritual, pero que no se contrapone a real. Llamo la atención en este sentido porque, en nuestro modo habitual de hablar, por ejemplo, en las ofrendas de la Misa, podemos reducirlo a algo ficticio, irreal, al presentar y ofrecer algo “como símbolo”... “Dar algo simbólicamente”, es no darlo realmente; por tanto, no es ése el sentido primigenio que tiene la palabra; para los Santos Padres, símbolo de Dios quiere decir presencia real.

El símbolo es expresión y comunicación de las realidades más densas y profundas de la existencia humana. El símbolo hace presente una realidad evocada o figurada. Evocar es hacer presente un mundo de sentimientos, de afectos, de experiencias hondas y profundas del hombre, que no se pueden hacer presentes más que simbólicamente.

Tenemos que liberarnos de una manera unilateral de pensar la realidad, que hace mucho daño en la Teología: creer en la sola realidad física, es decir, creer que sólo existe lo que se oye, se percibe, se toca, se palpa...

Existe también la realidad espiritual, la realidad afectiva, la realidad simbólica... que se hace presente a través de la imaginación. Muchas veces desdeñamos y despreciamos esta facultad, tan importante para la Teología sacramental y para toda la Teología en general. La imaginación vehicula la realidad evocada, la realidad representada o significada, energía interior, movimiento vital que se hace presente por la imaginación. La imagen condensa un conjunto de significados existenciales complejos, que se hacen presentes simbólicamente por la imaginación.

Hablamos de presencia real en la ausencia física... la presencia es ausencia y la ausencia es presencia... Es decir, en el símbolo, la presencia, la realidad material, es ausencia, porque reenvía a un plus de significado, a una realidad mayor y trascendente. Por ello, el símbolo es testigo del “lugar vacante”.

Es afirmación y es también negación; es decir, lo que se hace presente no es nada en comparación con aquello que está significándose y representándose en la realidad material presente. Y la ausencia es presencia porque toda la realidad significada no tiene otra forma de hacerse presente más que en la realidad material, experiencial y antropológica.

El primer significante no es, pues, algo externo, sino que es momento interno en la significación simbólica. El primer significante participa de la significación aunque no la agota.

III. ¿PARA QUÉ LOS SÍMBOLOS?

✓ En nuestro tiempo se ha restituido el derecho de ciudadanía al símbolo; cada vez se habla más de ellos. En un mundo, cada vez más poblado de signos, el hombre, no puede desarrollarse, vivir, si no es a través de representaciones simbólicas de la realidad. La estructura misma de la realidad es simbólica, porque el hombre ordena e interpreta la vida simbólicamente; los símbolos nos ponen en contacto con la realidad del hombre.

Decía el prestigioso Mircea Eliade, un estudioso de la historia de la religión que “hoy comprendemos algo que en el siglo XIX, ni siquiera podía presentirse: que el símbolo, el mito, la imagen, pertenecen a la cuestión de la vida espiritual, que puede camuflarse, mutilarse, degradarse, pero jamás extirparse.”

El símbolo es educador de lo invisible; nos lleva más allá, a esa realidad humana y espiritual del hombre, que es invisible. Obliga a un aprendizaje del más allá, por eso va a hablar de la trascendencia. Hace falta hablar del símbolo porque es el que nos pone en mediación, en contacto con el misterio grande.

✓ Desde la antropología filosófica se ha definido al hombre como *homo symbolicum*. Ernest Cassirer dice que, “en lugar de definir al hombre como *ser racional*, hay que definirlo como un *animal simbólico*”. El hombre mismo es símbolo porque su espíritu se hace presente en la materia del cuerpo, y él tiene acceso a la realidad a través del símbolo.

En su obra *Filosofía de las formas simbólicas*, Cassirer expone que “*el hombre, a diferencia del animal, utiliza símbolos que le permiten configurar el mundo cultural, de forma tal que la manifestación del espíritu humano se da dentro de ese sistema simbólico expresado fundamentalmente en el ámbito del lenguaje, del mito, de la religión*” Afirma también que “*todos los hombres somos una suma de maneras simbólicas de nuestra propia realidad.*”

✓ En las ciencias de las religiones, el estudioso alemán Rudolf Otto dice que “*lo más importante de la mediación de cualquier experiencia religiosa es el símbolo*”. Afirma también que, para entrar en contacto con la realidad trascendente, con “lo Santo” y con lo numinoso, el hombre, en todas las religiones, no ha tenido otro vehículo que el símbolo.

✓ En la Psicología del profundo, el psicoanálisis, Freud hace también referencia al símbolo que, para él, *es el disfraz de pulsiones reprimidas*. Según Freud, el hombre tiene un mundo reprimido que aflora en el sueño a través de símbolos. Para el psicoanálisis, la mediación, aquello profundo que sale afuera, es siempre revelador de la vida inconsciente.

Jung se separó de su maestro y dio una visión más positiva de lo simbólico: *la transformación de las energías psíquicas en algo positivo*. Para Jung, las catedrales, las obras literarias, son símbolos de esas energías positivas que tiene el hombre, y que necesita canalizar hacia fuera a través del lenguaje simbólico.

✓ También la escuela sociológica habla del símbolo como *el signo significante de una conciencia colectiva*. Es decir, la conciencia colectiva de un pueblo que se expresa en sus símbolos, por ejemplo, sus patronos, sus fiestas patronales...

✓ En definitiva, el símbolo es revelador de la existencia del hombre, existencia que aflora, se expresa, se condensa en el lenguaje simbólico. El hombre no puede no

simbolizar porque es algo inherente a su naturaleza. El símbolo es portador de valores últimos en sí mismos, que son los que dan sentido a la vida del hombre.

Podemos decir que en el símbolo se revela una realidad oculta y profunda del hombre, una nueva dimensión de la existencia, y permite alcanzarla de un modo más profundo que el pensamiento racional y científico-técnico. Incluso la realidad trascendente, que es el misterio absoluto de Dios, se manifiesta en el lenguaje simbólico de los sacramentos, porque el lenguaje científico-técnico no podría expresar esa realidad tan maravillosa, tan profunda, como es la salvación que Dios comunica a los hombres.

✓ El símbolo es expresión y mediación de una experiencia profunda. Hay símbolos en el hombre porque en la vida hay experiencias tan hondas y decisivas que no se pueden comunicar y expresar más que con símbolos. Por ejemplo, ¿qué es más elocuente: un discurso precioso que puede hacer una madre hablando del amor a su hijo durante una hora, o el beso que esa madre le da a su hijo? Sin duda, el beso, porque el beso es un símbolo, es el lenguaje que comunica las experiencias más profundas del ser humano.

El hombre va tematizando toda la búsqueda de sentido a través de sus símbolos; toda relación interpersonal está tejida de símbolos; la vida afectiva, por ejemplo... expresamos nuestro afecto con regalos, flores, besos, comidas... en definitiva, con símbolos.

La nostalgia de lo trascendente, de la eternidad... son experiencias inefables para cuya expresión no se encuentran palabras, si no es, también, a través del lenguaje simbólico. El lenguaje mítico es un lenguaje simbólico que nos explica nuestro origen y hacia dónde nos encaminamos... nos integra en nuestra sociedad y en nuestro mundo. El lenguaje mítico es un lenguaje antropológico fundamental que nos ayuda a descubrir el sentido de nuestra vida. En definitiva, el lenguaje simbólico abre la esperanza del hombre porque evoca el pasado y anticipa el futuro.

IV. LA SACRAMENTALIDAD FUNDAMENTAL

✓ *Dilatación del área de significación de la noción de sacramento hacia la sacramentalidad.* Quiero decir que hemos pasado de una noción restringida de los sacramentos -de Pedro Lombardo, del Concilio de Trento- a una concepción más amplia, complexiva, dilatada, totalizante, que abarca, no sólo lo central del cristianismo, sino la totalidad de lo real. Necesitamos colocar cada uno de los siete sacramentos en un mundo más amplio que es el mundo de los símbolos porque, en definitiva, el misterio grande de Dios está presente en el mundo de los hombres.

En mi opinión, para hablar de la sacramentalidad, tenemos que explicar que el fundamento y la raíz de toda sacramentalidad es Jesucristo. Nuestro mundo puede hablar de Dios y trascender hacia la realidad divina. Por Jesucristo, por su encarnación y redención también el Cosmos, el hombre y la historia son sacramentos fundamentales donde tenemos que fundamentar cada uno de los siete sacramentos.

✓ Desde que el Concilio Vaticano II comenzó a hablar de la Iglesia como *sacramentum*, hemos pasado de cada uno de los 7 sacramentos al *mysterion*, es decir, al fundamental, a la realidad humana penetrada de Dios, visitada por Dios, impregnada del misterio grande de Dios, es decir, Jesucristo y la Iglesia.

Explicar así el sacramento supone comprender que nuestra realidad humana está impregnada de la realidad del misterio santo de Dios. Por ejemplo, la gracia de Dios ya está presente en el amor y la realidad humana y amorosa de una pareja, pero hay un momento en que ese amor humano se convierte en sacramento de Dios.

El *mysterion* se identifica con la economía de la revelación. Toda la historia de la salvación es una historia de la sacramentalidad; Dios se ha hecho presente en Jesucristo, el misterio de Dios humanizado, glorificado, historizado. De igual manera, la Iglesia es *mysterion* de Dios, es *sacramentum*, *signum*, *instrumentum*... son categorías que utiliza el Concilio Vaticano II para explicar que el sacramento de Dios está presente en la realidad de los sacramentos, de Jesucristo, de la Iglesia, de la Palabra, del pobre... es decir, en esta realidad sacramental que son los fundamentos de cada uno de los siete sacramentos.

✓ Cristo ha impactado con su salvación nuestro mundo y nuestra vida, que se han convertido así en la “tienda de campaña” donde Dios se ha hecho presente... -*Y acampó entre nosotros*-. Antiguamente para alcanzar la salvación, la persona tenía que acudir a los siete sacramentos. Ahora decimos que, para alcanzar la salvación hace falta encontrar a Dios en nuestra vida cotidiana y celebrar, en cada uno de los siete sacramentos, esa salvación presente en ella.

✓ Los sacramentos son una “eclosión simbólica privilegiada” de la gracia de Dios presente en el mundo y en la vida de los hombres. Esa gracia, que está silenciosa, difuminada, difusa, callada... es ofrecida al hombre y acogida por él en la celebración de cada uno de los siete sacramentos. El mundo es el primer vestigio de la Encarnación; todo se hizo por él; la Teología sacramental comienza hablando del mundo como una realidad tocada, salvada por Dios.

✓ No podemos explicar la Eucaristía si no partimos de la base antropológica donde el pan es signo de la entrega de Jesucristo a los hombres, de Cristo como alimento de la vida de los hombres. El pan, ya desde la Creación y, por supuesto, desde la Encarnación, está tocado por una realidad trascendente; y el hombre es imagen de la imagen de Dios que es Jesucristo.

✓ Los sacramentos hay que explicarlos ya desde esta fundamentalidad sacramental. La historia humana es trascendencia de la historia divina; se transparenta y se realiza en todos los signos de los tiempos, realidades llamadas a ser realidad mayor y más trascendente. La realidad sacramental fundamental implícita es la sacramentalidad del mundo, de la historia, del hombre. Y la explícita es la sacramentalidad de Jesucristo, de la Palabra y de la Iglesia.

✓ Todo ello lleva a una consecuencia: la espiritualidad sacramental. Por la Encarnación, el mundo, la humanidad, la historia, la existencia... es tienda en la que Dios ha puesto su morada. La realidad humana ha sido transformada, transfigurada. La realidad humana es lugar de la presencia y manifestación de Dios. Por la Creación, por la Encarnación, por la Redención, la gracia de Dios está ya presente en nuestra vida y en nuestra historia.

V. LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DEL SACRAMENTO

Esta gracia, que está presente en el mundo, en la historia y la vida del hombre, tiene necesidad de expresarse, actualizarse, consolidarse, acogerse comunitaria y solemnemente. Todo esto se celebrará en la dimensión simbólica de cada uno de los siete sacramentos.

✓ Cada uno de los sacramentos es una “eclosión simbólica privilegiada” de la sacramentalidad que está en el mundo y en la vida del hombre, y que necesita ser acogida y celebrada personal, comunitaria y solemnemente.

Cuando algo se realiza y celebra simbólicamente, se convierte en acontecimiento; es decir, la gracia de Dios presente en la historia y vida del hombre, se convierte en realidad, en realización para la persona concreta que está celebrando este sacramento.

En la vida cotidiana expresamos la opción por la salvación desde nuestra soledad ante Dios y ante nosotros mismos; pero los sacramentos particulares son una experiencia privilegiada de la acogida de la gracia y de la salvación de Dios ofrecida en el mundo y en la historia.

A través de los sacramentos la comunidad eclesial se proclama ante el mundo como el lugar en el que Dios realiza y actualiza gratuitamente esa gracia. Cada sacramento es una explosión de significado y eficacia de todo cuanto sucede siempre y en todas partes.

✓ El sacramento, como símbolo que es, tiene un primer significante, antropológico, que me lleva a un segundo significante, espiritual o teológico.

El primer significante de la realidad simbólico sacramental de cada uno de los sacramentos son las situaciones fundamentales de la vida del hombre -nacer, crecer, comprometerse, enfermar...- como lugares de salvación donde Dios se hace presente. *Cada uno de los sacramentos* -como decía Tomás de Aquino- *se corresponde al desarrollo y al crecimiento de la vida humana*. Son situaciones de la vida del hombre que están abiertas a un segundo significado trascendente; situaciones en las que la salvación de Dios se hace presente por la encarnación y por la redención; porque Cristo asumió esas situaciones fundamentales.

Cada uno de los sacramentos son momentos privilegiados en la vida y en la historia de la persona, que se encuentra con su propia realidad limitada y con la inefabilidad de Dios. Tales momentos remiten a un plus de significación, al absolutamente otro.

La dimensión cosmológica se hace presente también en el primer significante de la realidad sacramental, pero el sacramento reenvía a un segundo significante –el componente histórico salvífico del Misterio Pascual- que se hace presente a través del primero.

Los sacramentos hacen referencia al Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección del Señor; antes que simbolizar nuestro actuar, simbolizan la obra maravillosa y santificadora de Dios. Todo esto a través de la mediación eclesial que, por la palabra y por la fe, une ambos significantes: las situaciones de la vida del hombre y el Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección del Señor, presente en el primero.

✓ En cuanto a los diferentes modelos sacramentológicos, el modelo “*personalista*” explica el sacramento como un encuentro entre Dios y el hombre. Antes se explicaban los sacramentos como cosas, de “*res*”, paradigma esencialista -las esencias y los accidentes-. Hoy se explican como un encuentro. Y, desde esta categoría de “encuentro”, “apertura”, “correspondencia”, “confiada aceptación”, “libertad”, “responsabilidad”..., el sacramento es todo lo que el hombre experimenta en un encuentro, pero realizado en Dios.

Tenemos que acudir a la estructura dialógica del sacramento, superando la visión *validista* o cosista, es decir, el sacramento como una cosa, como un “cuenco” de la gracia... y verlo como un encuentro de salvación.

El modelo “*liberador*”, lejos de reducir el sacramento a meros actos rituales, lo convierte en signo anticipatorio del reino de Dios para la salvación del mundo. Este modelo explica el sacramento a partir de la praxis de liberación, es decir, el mensaje de salvación de Dios es transformación para la vida del hombre. En la medida en que el hombre realice estos signos que son los sacramentos, implicando su existencia en una transformación de su vida, en la misma medida estará explicando y celebrando bien los sacramentos como liberación, porque el misterio Pascual es la liberación de la vida de los hombres.

Ahora bien, si celebramos cada uno de los sacramentos sin entender qué carga de transformación y liberación lleva, no podremos comprender ni explicar bien el sacramento como la gran liberación del hombre, como el gran signo anticipatorio de la liberación futura.

El modelo “*festivo*” parte del significado de la fiesta en la vida del hombre. En este modelo importa el contenido y la forma expresiva. Si la expresión sacramental es festiva y celebrativa es porque responde a un acontecimiento gozoso como es el don de salvación que Dios nos da en el Misterio Pascual de su hijo.

El primer significante es la antropología de la fiesta como una afirmación de la vida, una forma de expresarse y de vivir el tiempo que tiene el hombre; un tiempo que es gratuidad, alegría... El segundo significante de la fiesta es la dimensión cristiana, la transfiguración del tiempo por el sacramento. Como fiesta, es el talante festivo, gozoso, que define el sacramento como celebración, donde se trata de unir celebración y vida. El tiempo del hombre es redimido y convertido en fiesta.

VI. ALGUNAS CONCLUSIONES

No he podido presentar cada uno de los modelos sacramentológicos, partiendo de la antropología de cada sacramento. Como conclusión podría decir que los siete sacramentos no son acontecimientos separados de nuestra vida cotidiana, sino que son la celebración, expresión y realización de la gracia de Dios que está presente y envuelve nuestra vida cotidiana.

La celebración sacramental, no sólo nos hace tomar conciencia de aquello que vivimos cotidianamente, sino que hace existir un mundo nuevo en nuestra vida cotidiana. El sacramento, en cuanto símbolo, no remite a una realidad separada, sino que la significa y la contiene en sí, la participa y la expresa, porque arranca de esta experiencia antropológica. El símbolo no está restringido a su aspecto noético, sino que aparece como acción y evento por la fuerza del Espíritu del Señor resucitado.

A partir de la perspectiva simbólica que adopta la sacramentología se deja bien establecido y justificado que lo visible del sacramento -que es la realidad experiencial del hombre- no es una cosa sin importancia o algo meramente accidental, sino que es, por el contrario, una realidad estrictamente teológica, que toca al mismo ser del sacramento como símbolo. La realidad antropológico-experiencial, que es un factor interno constitutivo del simbolismo sacramental, nos hace percibir aquello que el sacramento manifiesta y actúa como existencia nueva, escatológica y espiritual.

Dicho de todo con formulación taxativa, la dimensión simbólica del sacramento es auténtica teología del sacramento. Pensar el sacramento como símbolo quiere decir que el símbolo forma parte ya de la realidad sacramental.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *Los sacramentos se imparten, se administran; pocas veces se viven como auténticas celebraciones.*

R. *Administrar, impartir... sin afectar a la vida de la persona, son categorías que ya apenas se usan. Debemos arrancar de la vida del niño; a partir de una pedagogía sacramental, abrir los ojos del niño, antes incluso de celebrar el sacramento de la Eucaristía, para que descubra que su vida es algo más que la monotonía de todos los días, que su vida está acompañada, asistida, por la presencia de la gracia de Dios, ya desde que nació. Se trata de educar sus ojos para que pueda ver con ojos sacramentales. No quedarse solamente en la primera realidad, sino llegar a la segunda realidad, que es el Misterio Santo de Dios que nos acompaña.*

Yo, como Delegado de Catequesis de la Diócesis, sé que hace falta una gran pedagogía sacramental para dotar a los niños que están en Catequesis de “ojos sacramentales”, para descubrir el misterio profundo que nuestra vida contiene, que es el amor inmenso de Dios. Ayudarles a descubrir que su madre y su padre son símbolo de Dios, que la vida es el mejor regalo de Dios, que el agua es símbolo de la creación de Dios... Dotarles de “ojos sacramentales” para que puedan descubrir después el significado de cada uno de los sacramentos, Penitencia, Eucaristía... Porque si el niño no ha descubierto el sabor de la reconciliación, el perdón, a nivel humano, de grupo... ¿cómo podrá descubrir lo que significa el perdón a nivel de sacramento?

Los sacramentos necesitan el soporte antropológico para que pueda hacerse presente la realidad significada, porque, si no hay significante no hay significado; y el significante de que Dios ha querido valerse para hacer presente su gracia es la realidad de la vida del hombre.

P. *No siempre la sacramentalización es la culminación de un proceso de catequesis y vida cristiana. Con frecuencia, tenemos la impresión de practicar unas "Rebajas Sacramentales".*

R. Yo diría que “*sacramentum*”, como los símbolos en la vida del hombre no están de más. El hombre necesita simbolizar, como el cristiano necesita celebrar sacramentalmente su fe y la salvación de Dios; pero todo esto tiene que cobrar sentido y significado. Hay que profundizar, más de lo que lo estamos haciendo, en el significado, porque a veces nos quedamos en las categorías de la administración y de la magia del sacramento, y no se abre al significado profundo. Por eso, repito, necesitamos tener “ojos sacramentales”.

La sacramentalidad, que no es lo mismo que la sacramentalización, supone estar abiertos a la trascendencia de nuestro mundo y de nuestra existencia, para después culminar celebrando. Yo creo que la dinámica sacramental tiene tres momentos: el “*antes*”, el “*en*” y el “*después*”. El “*antes*” es la palabra, la catequesis; no hay sacramento sin Palabra. El “*en*” es el culto, el rito, un momento importante, álgido, único. Y el “*después*”, es el testimonio, el compromiso, la consecuencia, la prolongación en la vida de lo que este sacramento me ha enseñado. La Teología sacramental tiene que trabajar en estos tres frentes porque son muy importantes

P. *He comprobado a lo largo de varios años de catequesis con adolescentes, cómo ayuda partir de las experiencias y de la vida de los mismos chicos.*

R. Todos, tanto los mayores, como los adolescentes, o los niños, tenemos una experiencia honda y profunda que no podemos expresar si no es recurriendo al lenguaje simbólico. El lenguaje simbólico es un lenguaje no denotativo, sino connotativo o evocativo; con él se evocan todas las experiencias.

En la catequesis y en la pastoral de los sacramentos necesitamos, por tanto, recurrir al lenguaje simbólico para expresar esa riqueza humana que tenemos dentro y que no se puede expresar de otra forma.

Los sacramentos son los símbolos de la fe, los símbolos de Jesús resucitado en su Iglesia. Necesitamos cuidar mucho nuestros sacramentos en su estructura simbólica, porque es la forma de expresar hacia fuera, de evocar, lo que sentimos dentro.